

*Ortiz el músico
y otros relatos*



Néstor Guestrin

INDICE

Ortiz el músico	3
Navegantes	9
El Viejo	21
El Cuaderno de Fray Gregorio	26
El Buscador de Tesoros	39
El Ciclista	46
Espera	53
Un héroe cotidiano	57
La Doncella del Parque	68
El Poeta	81
El amigo Roberto	83

<http://nestorguestrin.cjb.net>

libro@nestorguestrin.cjb.net

© 2005 Néstor Guestrin

Primer Premio en el Concurso Hamlet Lima Quintana 2002

Ortiz el músico

o, Ortiz, de nombre Diego, Pedro, Alonso, o el que vos queráis, natural del lugar de España que vuestra imaginación os lo dicte, vengo a decir lo que mi compañero de armas, el buen cronista de la Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, don Bernal Díaz del Castillo, omitió en sus escritos, y no por contradecirlo que muy bien dicho está en lo que allí se relata, sino por completar y aclarar en lo que a mi persona se dice, ya que muy al pasar soy mencionado como músico y gran tañedor de vihuela.

Es cierto como allí se dice que otros cronistas escribieron de oídas lo que en la Nueva España ocurrió, y por eso equivocaron en mucho los verdaderos hechos, quizás por halagar o ensalzar en demasía a nuestro capitán, don Hernán Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, o por interés o simple desconocimiento de lo que en verdad sucedió. Pero es más lo que me mueve a esto escribir y es para hacer notar que yo fuí el portador de aquello por lo que me congratulo y por lo que no tengo que merecer arrepentimiento ni perdón, a diferencia de mis compañeros que por mucho tendrán que pedirlo ya que sólo los condujo la ambición del oro y la riqueza. Traje entre mis pertenencias una vihuela de cuatro órdenes, y después en momentos de descanso construí una de seis a la usanza cortesana, y con ella toqué, canté y danzé. Por mi música fui conocido más que por la lucha. Y mi arte es más reconocido que mi arrojo.

De los quinientos y tantos soldados que iniciamos esta aventura, y de los que muy pocos quedan para contarla, yo fui el que en los días de fiestas, en las noches de tristezas, en los encuentros con extraña gente acompañé y enseñé bailes y rondas, canté villancicos y romances, canciones y villanescas, toqué tientos y fantasías, pavanas y gallardas, y hasta me animé a glosar con diferencias algún tema del gran Josquin.

Con esto dicho no quiero salvar lo hecho con mi espada y mi caballo, también éste de los primeros que pisaron tierra firme y el mejor de todos como queda dicho por Bernal, y que después se lo dí a Cortés cuando se le murió el suyo, porque lo ya hecho así está y hube de usarlos para defender mi vida, para conquistar tierras para nuestro señor el emperador don Carlos y someter en vasallaje a los indios que las poblaban. Para que dejaran de creer en sus falsos ídolos y creyeran en el único Dios verdadero.

No tuve ni el tiempo ni el papel ni el saber necesario para escribir en la tablatura lo que la inspiración me dictó en algún momento, y la música que compuse se deshizo en el aire al momento de hacerla siendo sólo mi memoria capaz de recrearla, y terminando ella, terminará mi música en olvido, por lo cual mucho lamento. Pero creo que los que la oyeron, y aquellos a quienes enseñé mi arte la repetirán agregando lo suyo, que así tienen derecho, y de tal modo se irá transmitiendo de uno a otro perdurando en el tiempo, aunque anónima, esos cantos, ritmos y melodías que yo traje a esta tierra. Y también espero llegará al oído culto y sabio de alguien que la escriba en el papel mejor glosada y engalanada con buenos ornamentos y, porqué no, en contrapuntos majestuosos, a la manera de los grandes como los que provienen de Flandes. Y esa será mi gran dicha.

Que estuve en las batallas, es cierto. Que mi espada salpicó de sangre la tierra, también. Que enamoré bellas indias, por cierto que sí. Y ví de cerca la muerte más de una vez. Y algo de oro, algunas joyas y buenas mantas pude obtener pero que pronto las perdí y de lo cual no me lamento. También amigos indios pude hacer, y muchos. Algunos que asombrados se me acercaron al escuchar por primera vez estas cuerdas de tripa pulsadas con mis dedos a veces, y otras con el plectro, y también frotadas con un arco que alguna vez construí. Y me sentí como ese Luis de Milán que ahora muy famoso es en la corte de Madrid, o como el granadino Narváez, por cierto muy hábiles músicos y que han conseguido poner sus piezas escritas en la tablatura reproducidas por este nuevo invento de la imprenta musical del cual algo oí. Desde acá, de las Indias, harto difícil me resulta conseguir lo que ellos.

Escuché los tambores indios, que le llaman huehuetl, anunciando las guerras que nos daban, y al teponastli cuando invocaban a Huichilobos y a Macuilxóchitl. Ví cómo usaban el hueso largo de la pierna de las víctimas que sacrificaban para hacer raspadores que le llaman omicikahuastli, y los vi danzar al ritmo de sonajas que le dicen akayastli cayatl. Todo eso ví, y más. Y si esto ví y escuché, que nunca antes lo hube, ellos, los indios, también se sorprendieron, no tanto por nuestros pífanos y atabales que hacíamos sonar en

la batalla, sonidos que ellos mejor lo hacían con sus instrumentos, sino con la dulzura que sacaba de mi vihuela. Que con esto los gané mejor pues el sonido de la cuerda resultóles atractivo y novedoso, y los corazones que no se doblegaron por la espada, sí lo hicieron por ellos.

Y quiero recordar algunas cosas por las que pasé que en buena memoria las llevo y son de agrado contar porque contentan al decirlas.

Estando un día en Cempoal, vino el cacique gordo que tanto nombra Bernal, y mirando mis manos y luego pasando las suyas por las cuerdas de mi vihuela díjome unas palabras que doña Marina, nuestra intérprete, así tradujo: "Magia tienes tú, teul, más que los de caballo, pues puedes encantar con esto el alma como ninguno".

Y el mismo Montezuma, gran señor de México, cuando preso lo tuvimos en su ciudad, con mucha atención y sentimiento escuchaba lo que tocaba yo, y fue tal su afecto que en una ocasión con gran cariño hízome el presente de un collar de oro y una carga de mantas finas en agradecimiento por la mía música.

Pero dejemos eso, que poca importancia tiene ya en esta altura de mi vida, y digamos en esta muy breve relación, que más no hace falta decir sino poner las cosas en su lugar. Nosotros trajimos a esta tierra la espada y con ello el miedo, trajimos la palabra y con ello el engaño, trajimos el cuerpo y con ello la

viruela y el mal de bubas, trajimos el caballo y con ello se llevaron el oro, pero sólo yo, de quien don Bernal Díaz del Castillo en su crónica de la Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España dice "e pasó un Ortiz, gran tañedor de vihuela, y enseñaba a danzar" y que traje el mejor caballo y no morí entre los indios como allí se dice, sino vivo con ellos, yo, Ortiz, digo, traje la vihuela y la música y con ello la alegría.

Navegantes

 El sol inclina su luminosidad al despuntar el día en ese abril del año de 1538 señalando dónde están aquellas tierras buscadas para una escala en este viaje que parece interminable. La mañana fresca y ventosa se abre en un horizonte de agua confundido con el cielo nuboso en un paisaje repetido hasta el infinito. Son ya muchos los días y semanas de navegación y el hombre acodado sobre la baranda de cubierta intenta divisar la playa que le han dicho está allí hacia el oeste y adonde se dirige la "Santa María". Una tierra

que no se alcanza a ver porque sólo es una extensa planicie sin montañas, como le dijo el capitán, el *signore* Leone Pancaldo, experimentado navegante y conocedor de estos extremos del mundo. Aunque de poco ha servido esa experiencia ante la tempestad que los azotara unos días atrás cuando ya divisaban el paso hacia el otro océano, al que dicen llamarlo el Pacífico, que seguramente lo debe ser en comparación con éste en el que habían venido navegando.

Eso comprueba que la ruta abierta por Magallanes siguiendo hacia el sur hasta llegar a un estrecho brazo de agua que conduce al otro mar océano no es fácil de seguir.

Así piensa Berardo Centurione, el distinguido hombre de elegante porte que con sus brazos apoyados sobre el madero de la baranda, fuerza la vista para distinguir la tierra prometida en este alejado lugar del mundo, mientras lamenta haber aceptado la empresa comercial que le hicieron en Valencia unos amigos genoveses. Dos naves cargadas de mercancías que siguieran la ruta del portugués Magallanes podrían llegar hasta Lima. La ganancia sería buena y mucha, y qué duda cabe de esto, si son pocos por decir casi nadie quienes se arriesgan a navegar a tales lugares. Le dijeron que tendría al mejor navegante como capitán, alguien que acompañó a Don Fernando de Magallanes nada

menos, y que conocía a la perfección esta ruta. Había que viajar hacia el Sur hasta encontrar el paso al otro océano, y llegando al mar Pacífico dirigirse hacia el norte, tal como lo hizo el portugués, pero sin desviarse luego al noroeste como él lo hizo, así podría llegar a Lima, la ciudad fundada por los españoles en esas tierras del Sur, y de la cual mucho se ha dicho por los tesoros que se encontraron. Allí encontraría clientes seguros a quien venderles, y a buen precio, todo lo que pudiera cargar en las dos naves. Y volver con algo de esos tesoros.

Claro, piensa, siempre que pudiéramos llegar. Porque viéndolo de lejos es sólo cuestión de marcar sobre un mapa el recorrido y en lo que demora un dedo en deslizarse sobre el mismo se puede estar allí. Pero no todo se puede prever, o, conociendo las dificultades, algunas no se pueden vencer ni sortear, haciendo torcer el camino indicado.

Y esto es lo que ocurrió. Ya casi divisábamos la entrada al Estrecho de Todos los Santos, paso que el capitán Pancaldo bien conocía por su anterior viaje, cuando una gran tempestad se desató, con vientos que dieron contra las rocas a la otra nave, "La Concepción". Su capitán, Giovanni Pietro Vivaldo, poco es lo que pudo hacer. Gritaba a sus marineros con la desesperación que da el peligro y la inminencia del desastre, con las velas recogidas y él mismo al timón

intentando alejar la catástrofe. La tormenta no daba tregua. La "Santa María" pudo salvarse guareciéndose en una ensenada, pero un cambio de viento selló el destino de la otra dándola al través. La pericia de Vivaldo logró salvar a los tripulantes y a la carga que llevaba, depositándola en un lugar no muy profundo y a salvo del oleaje. Una vez que amainó el temporal se pudo rescatarlos y recobrar la mercancía.

La decisión de regresar al puerto más cercano para reparar la "Santa María" fue lo más acertado. No se podía seguir adelante, cruzar el paso y seguir hacia el norte a Lima. Quedaba una gran distancia y no se debía arriesgar tanto.

Sabíamos que en la desembocadura del río de Solís una expedición de españoles al mando de don Pedro de Mendoza se había instalado y fortificado. Allí podríamos recomponer nuestro barco y nuestro ánimo.

Reparamos lo que pudimos, levantamos todo lo que llevaba "La Concepción", hombres y carga, y nos dirigimos al norte desandando camino en busca del fuerte español.

Ahora que navegamos a ese punto observo que ha cambiado el color del agua. Un tono marrón ha reemplazado al azul de alta mar. Es la señal de la proximidad de nuestro destino, según dice nuestro capitán.

"Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos..." La canción resuena en los oídos de Carlos que mirando desde la cubierta del ferry contempla los edificios más altos de la ciudad envueltos en la bruma de la tarde contrastados con la poca luz del sol ya desaparecido tras de ellos. Siempre que hago este trayecto me viene a la memoria ese tango. Quizás por la escena de la película en que Gardel en blanco y negro lo canta también desde la cubierta de un barco que se aproxima a Buenos Aires. ¿O era "Mi Buenos Aires querido" lo que cantaba? Lo que sea, pero así me suena. Este tramo de cruzar el río, a pesar de la infinidad de veces que lo hice siempre tiene su encanto. Unos turistas en tanto aprovechan el último atisbo de luz natural e intentando captar las luces que empiezan a iluminar los edificios a lo lejos, toman alguna fotografía con un flash que no resplandece más allá de la baranda del barco mientras Carlos los mira sin darle mayor importancia.

Estos últimos días de navegación tranquila, después del accidente, sirven para volver a nuestra diversión cotidiana con estos buenos amigos con

los que compartimos la travesía. En mi laúd suelo improvisar algunas melodías, y también puedo tocar alguna fantasía de Francesco Canova, el ilustre músico y compositor de Milano, a quien tuve el gusto de conocer en Roma. Cuando el movimiento del barco lo permite, Fray Cristóforo del Isola luce sus habilidades en una espineta que embarcamos, y también en un pequeño órgano que suele utilizarlo, cuando puede, para acompañar la misa diaria, mientras alguien lo ayuda dando aire con el fuelle. A esto se agrega el querido Braccio di Testanova con su trompeta y su chirimía, tan bullangueras que más las hace sonar mientras mayor es la cantidad de vino que ponemos en circulación, sobre todo cuando algo tenemos que festejar. En realidad mi tarea durante la travesía es sencilla, supervisar que todo vaya bien, que lo que llevamos a bordo llegue en condiciones hasta el puerto de Lima, nuestro punto de destino, para allí venderlo al mejor precio. Ahora todo se ha retrasado aún más por la tormenta y la pérdida de la otra nave. Son las cosas que no se pueden prever.

-*¡Buongiorno signore Berardo!*, le grita el capitán acercándose.

-*Cómo va, don Leone*, responde con la mano apenas levantada.

-*Bella mañana, ¿no?*

-Después de lo que pasamos, ¡cómo no va a serla!.

-El mar es así. Cuando menos se piensa, se da vuelta todo y hay que cambiar los planes. Cambiante como las mujeres. Aunque, le digo, entiendo más al mar.

-Pero no se lo disfruta igual.

-No crea. Pasé años recorriendo el mundo. Y no me arrepiento. Fui de los primeros en cruzar este ancho mar océano. Llegué a La Española donde conocí a don Diego Colón, el hijo del gran Almirante. Por ahí andaba también un colega suyo tan hábil con la espada como con eso que usted hace sonar tan bien.

- ¿Un músico en esas tierras?.

- Si, don Diego de Nicuesa. Pero lo que él tocaba no era exactamente igual a su instrumento. Más pequeño y con menos cuerdas, y la caja por detrás, plana.

- ¡Ah!, una vihuela española.

- Así la llamaba, pero yo no entiendo de esas cosas. Entre esos sonidos y esa música que sólo él sabía hacer, además de las maravillas que hacía sobre su yegua, tenía embobados a los indios, y también a los españoles. Una vez salió embarcado a recorrer las costas de la Nueva Granada, y no volvió. Se lo tragó el mar.

- *Es lo que nos pudo haber pasado a nosotros.*
- *Y si. Nadie conoce su destino.*

El barco va dejando una estela blanca sobre las aguas marrones abriéndose como un gran triángulo. Sobre uno de sus lados pasa a cierta distancia otra lancha que hace el camino inverso y en el momento de cruzar el oleaje se sacude apenas con un leve cabeceo. Falta algo menos de una media hora para llegar calcula Carlos y la ciudad emerge del agua con sus luces a pleno. En la cubierta sólo algunas parejas abrazadas y enfundadas en gruesos camperones han quedado resistiendo al viento frío que ha hecho desistir a la mayoría de esa vista porteña de la ciudad reflejada en el agua. El barco enfila hacia la dársena del puerto, mientras Carlos ve, o cree ver, la desembocadura del Riachuelo...

- *Después, embarcado en "La Trinidad", hice otro largo viaje, prosigue el capitán Leone Pancaldo hundiendo su vista en algún lejano recuerdo.*
- *Para usted, el mar no tiene secretos, contesta Berardo Centurione*

tratando de seguirlo en el hilo de su pensamiento.

- *Siempre hay algo nuevo que descubrir.*

- *Eso parece ser lo que siempre hizo, descubrir nuevas rutas, nuevas tierras, nuevos pasos.*

- *Y confirmar la redondez del mundo.*

- *Como la caja de mi laúd.*

- *Así es. Aunque pocos lo creyeran. Yo también tuve mis dudas cuando Pigafetta me llamó a acompañarlo a Magallanes a buscar el paso a las islas de la especiería. No fue fácil. Algunos no tuvieron el valor de seguir y se volvieron desde el mismo lugar de donde tuvimos que regresar nosotros.*

- *Casi en las puertas del paso que andaban buscando.*

- *Y yo también tuve que regresar. Pero desde las Molucas a Nueva España para dar cuenta del éxito de nuestra expedición.*

- *Y de la muerte de Magallanes.*

- *¿Ve usted lo que es el destino?. Dar la vuelta al mundo, hacer una de las mayores proezas de la navegación y morir por una reyerta entre dos tribus indígenas.*

- *Pero también usted hizo una gran hazaña.*

- *La aventura de salir al mar fue siempre para mí algo incontenible.*

- *Por eso decidió dejar su retiro de Savona y emprender este viaje.*
- *Y también porque sus amigos genoveses me prometieron buena fortuna.*
- *Son dos buenas razones.*

Una fuerte sacudida frena la nave mientras el viento la empieza a hacer girar. El mástil se inclina de su vertical y algunos maderos del casco crujen al chocar con el lecho que la turbidez del agua impide ver. La imprevisión o quizás el exceso de confianza de no medir la profundidad al acercarse a tierra han causado la encalladura de la "Santa María" justo frente a la desembocadura de un riachuelo. Desde tierra han divisado la nave que se aproximaba y al ver su estado se aprestan a alcanzarla con algunos botes. En meses es lo único que han visto llegar a esta tierra alejada e inhóspita, habitada por indígenas que los atacan permanentemente. Muchos han muerto, otros se han ido buscando la "sierra de la plata" río arriba, y el desánimo se ha generalizado. El mismo jefe de la expedición, el adelantado don Pedro de Mendoza, enfermo y moribundo, ha regresado a España vencido por la tierra que quería conquistar. Que haya llegado una nave cargada de vinos finos, alimentos, telas, armas y muchos

artículos más, aunque sea por accidente, es un regalo de la providencia. Este asentamiento en la desembocadura del río que lleva a la mítica tierra "del plata", puesto bajo los augurios de *Nuestra Señora del Buen Aire*, la patrona de los navegantes, no ha tenido en verdad ni buenos aires ni buenos augurios. Ni plata, ni oro, sólo una inmensa llanura que se extiende igual que el horizonte del mar es lo único que se puede divisar. Y ahora llega esta nave con personajes que hablan casi todos el italiano, y que además se solazan algunos haciendo música con un laúd, una espineta, un órgano portátil, hasta alguna trompeta y algún otro instrumento. Por primera vez se oyen tales sonos en estos lares. Antes que la vihuela española llega un laúd italiano.

Pronto se desembarca todo lo que la "Santa María" carga, antes de que zozobre totalmente. Y nadie pregunta a quien pertenece todo eso, para desesperación de los recién llegados. Alguien se apropia algo, y aquel otra cosa. De nada sirven los reclamos, las protestas. Todo se lo apropia la nueva tierra y sus hambrientos habitantes, que el único tesoro que pueden tomar ahora viene, igual que ellos, del otro lado del ancho mar océano.

La salida de la estación portuaria es rápida. Todo el trámite de

desembarco y de documentos es casi una formalidad. Con un bolso en una mano y en la otra su campera, sale a la calle en busca de un taxi en medio de otros pasajeros tan desconocidos como él. Sube al primero que está en la fila y le indica su destino al hombre que conduce. De la radio del auto oye la música familiar y característica, y, un poco sorprendido le pregunta

-*¿Escucha tango?*

- *Todo el día*, le responde el hombre.

- *Curioso, cada vez se pasa menos por las radios.*

- *Y, todo lo extranjero nos invade, ¿vio?, pero yo sigo fiel a lo nuestro.*

Yo, fijese, que llevo sangre bien porteña, como que me llamo Centurione.

El hombre sigue hablando pero ya Carlos casi no lo oye. Su mirada se dispersa más allá de la ventanilla del auto. Las luces de la calle golpean sobre sus ojos mientras recuerda el paisaje de la ciudad desde el barco y eso le confirma que la visión de Buenos Aires desde el río es, sino la más bella, la más cargada de ilusiones y desengaños, como la letra de un tango.

El Viejo

*Y florezco en guitarras
porque fui la madera.
(Atahualpa Yupanqui)*

 El ocre de las paredes del rancho se recorta en el pastizal verde de la ladera como un intervalo de silencio entre el rumor sordo de los yuyos al viento. Las montañas forman un telón de fondo indefinido de azules y celestes confundidos en una especie de pacto antiguo entre el cielo y la tierra,

y cada tanto el graznido de algún ave rasga la monotonía del aire sirviendo de marca a la marcha del tiempo. El sol no hace mucho que ha despuntado en esa mañana clara de primavera iluminando tímidamente la vegetación que por la época ya empieza a florecer. De la neblina mañanera sólo quedan las gotas de rocío entre las hojas del pasto llenando el aire de un aroma de tierra húmeda.

El viejo se ha levantado de su catre y, todavía con el regusto de los sueños, intenta encender los leños de la cocina.

No es mucho lo que hay dentro de ese ambiente de adobe, paja y latas. Una mesa cargada de rayones como cicatrices incuradas, un par de sillas quizás acostumbradas al hamaqueo de largas veladas, alguna antigua foto enmarcada, ya amarillenta por el tiempo, con un rostro femenino que delata por su dedicatoria la relación con su poseedor, y un ropero que guarda en su interior quien sabe qué cosas.

Mientras se calienta el agua de la pava que ha puesto al fuego, su mano recorre el pelo blanco de su cabellera ordenando lo que el sueño ha desordenado.

Afuera, la brisa y el pasto, los pájaros entre las ramas y el aire, y el día que crece.

El rostro surcado de arrugas denota un cansancio lejano, los ojos empequeñecidos por la luz y el tiempo pierden su mirada triste en vagos recuerdos.

"La leña se quema igual que la vida", piensa.

En un torbellino pasan afectos e imágenes que quieren transformarse en palabras para poder asirlas. Un modo de mirar para atrás presumiendo la imposibilidad de pensar hacia adelante. Es que ya no vislumbra un por venir, todo es pasado, historia, remembranza de lo ya transcurrido. Enmarañado entre esos pensamientos se instala como un relámpago la figura de ese caballo que apareció rondando su rancho el día anterior.

"¡Lindo alazán!", masculla. "Un animal perdido tal vez buscando a su dueño", es lo que va pensando. "Quién sabe los suelos que habrán pisado sus patas".

La pava empieza a chiflar, mecánicamente pone la yerba en el mate, acomoda la bombilla, echa un chorro de agua humeante, y sorbe con ganas.

La imagen de la bestia, briosa y resoplante, le hace olvidar ese cansancio interno que lleva, azuzándolo desafiante. Vueltas y vueltas a su alrededor, golpeando los cascos en las piedras, las crines marrones colgando a un costado, levantando y agachando la cabeza como buscando el bozal. Alguien

que le pase el lazo por el cuello, haciéndole sentir que es su jinete. Que con mano firme controle tanta energía, tanto movimiento. Eso es lo que pedía parece.

La noche anterior, como ya se iba la luz, sólo atinó a llevarlo hasta el corral empujándolo a gritos y sogazos. Le faltaba el aire y un dolor le oprimía el pecho como para pensar en hacer otra cosa con el animal. Después de cerrar la tranca caminó despacio casi arrastrando los pies hasta la casa, subió con dificultad los dos escalones que precedían a la puerta de entrada, y así como estaba se dejó caer en el catre. A la mañana siguiente vería qué hacer.

Pensando en el alazán, se propuso la tarea de rastrear su huella y su procedencia llevándolo a quien le perteneciera. Gozando con ese reencuentro del animal y su querencia, quizás por tantas pérdidas que tuvo, se levantó de la silla y tomando el lazo salió hacia el corral.

No le fue difícil enfrenarlo, y a pesar de no conocerlo, no se resistió a la montura ni al ajuste de la cincha. Era como un viejo potro amigo que invitaba a montarlo. Casi sin dudar pisó un estribo y revoleando la otra pierna ya estaba allí arriba. Y así, animal y jinete, salieron hecho todo uno al trote, sin prisa. Sólo ellos sabiendo cuál era la dirección correcta.

Dicen los que conocieron al viejo que murió una noche con el corazón cansado. Otros afirman que se fue montado en un alazán buscando algún horizonte.

El cuaderno de Fray Gregorio

a historia de un cuaderno puede despertar algún interés si hay razones para que lo justifiquen. El hecho de ser antiguo le da ya un cierto valor, y si es muy antiguo puede serlo más aun. El contenido es ciertamente lo que puede otorgarle la importancia correspondiente. Pero qué pasa si en él aparecen anotaciones triviales, las fechas, y quizás motivos, de muertes y nacimientos de personas absolutamente ignotas, o algún fenómeno natural ocurrido hace tiempo como algún terremoto (en este caso la vaga información aportada de nada sirve a los especialistas en sismología), o alguna

tormenta de magnitud (tampoco puede aportar nada a los meteorólogos), o la mención de hechos tan personales o particulares que nada dicen a los historiadores. Si el antiguo escritor de tal cuaderno transcribió en él la frase de un pensador clásico, esto tampoco lo hace valioso en medida alguna, como tampoco que figuren allí calendarios o tablas astronómicas, al fin y al cabo resultaría ser una agenda cotidiana que por su antigüedad, o su vejez, lo hace al menos curioso pero no valioso. La mención de recetas de cocina o de algún medicamento de época puede agregar cierta curiosidad, lo mismo que alguna poesía del primitivo poseedor pueda revelarnos la intimidad propia de tal escribiente, sin agregar valor en demasía o interés especial.

Pero hubo algo en este cuaderno que llamó la atención y que por eso se intentó salvarlo del olvido: la existencia en él de anotaciones musicales. Y que fueran hechas alrededor del 1700 y en un lugar alejado de los centros europeos. Son tan escasas las referencias escritas del pasado musical sudamericano que cualquier anotación, cualquier esbozo, cualquier mención gráfica con una data mayor a un par de centurias ya lo hace valioso para el especialista. Esto es lo que habrá evaluado Ricardo Rojas sobre ese cuaderno o códice que le llegara a sus manos obsequiado por un caballero peruano durante los festejos del Centenario de nuestra República.

Al hojearlo y descubrir esas anotaciones musicales intuyó el valor que podría tener como aporte para armar un pasado musical de esta parte del mundo. Y por eso se lo hizo llegar a quien en ese momento era uno de los máximos estudiosos de la Musicología en el país, Carlos Vega. Más que eso, el fundador de tal ciencia en el país. Uniendo intuición con sabiduría Vega estudió pacientemente ese documento llegando a publicar en 1931 un folleto por intermedio del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Buenos Aires, con el título "La Música de un Códice Colonial del siglo XVII". Allí no sólo publica los 18 ejemplos musicales tal como aparecen originalmente, sino que transcribe a notación actual las 17 melodías con sus letras, casi todas a una voz, salvo algunas para dos, tres y cuatro voces, siendo el último (el N°18) un listado de acordes con su cifrado para vihuela.

Además nos informa detalladamente de todo lo de interés que ha podido rescatar de las anotaciones, deduciendo quién sería el autor de las mismas, al parecer un sacerdote franciscano de nombre Fray Gregorio de Zuola, ó Dezuola, de origen español, quien habría llegado a Cochabamba en 1666, que luego se traslada al Cuzco en 1676, y muere allí en 1709.

Con dichos ejemplos musicales se han hecho versiones más actuales, como la de Josué Teófilo Wilkes para canto y piano, o la breve suite para guitarra (ya que el último de los ejemplos musicales es un listado de acordes para vihuela, su pariente cercano, lo haría justificable), siguiendo el lenguaje armónico de la época, compuesta por el autor de estas líneas a partir de algunos de esos números, con la buenaventura de que un excelente guitarrista y estudioso musical del Perú, Octavio Santa Cruz, no sólo la estrenara en su país, sino hiciera mención en sus escritos sobre la historia musical peruana, como un aporte a la misma.

Del mismo modo un escritor fantasioso intentó recrear a manera de breve relato novelado la historia del cuaderno de Fray Gregorio, con la intención presunta de que algún lector reconstruyera imaginariamente los pasos de este desconocido personaje, involuntario aportante de la historia musical sudamericana. Transcribimos a continuación las partes que hemos podido obtener de ese escrito.

...

Tomó la pluma con su mano, la mojó con la tinta que tenía a su alcance, y con gran cuidado fue dibujando en la tapa el título de ese cuaderno para anotaciones que lo acompañaría toda su vida. Es bueno dejar asentado todo aquello que por su importancia no debe dejarse para el olvido, reflexionaba, mientras su mano daba formas a la mejor caligrafía que pudiera esbozar. El movimiento del barco no le impedía ni le perturbaba el trazo que con mano firme describía graciosamente formando las letras y las palabras que había imaginado como portal de lo que sería su ayudante para la memoria y confesor de emociones y nostalgias. Allí dejaría caer su vida. Después de algunos días de viaje y cuando ya la novedad del mar y de la nave había dejado paso a la modorra de la rutina diaria se decidió a inaugurar lo que sería su tarea periódica: volcar en el escrito su experiencia cotidiana. Esa idea quizás sugerida por alguien antes de partir, o quizás por propio ingenio, le resultó atractiva y necesaria, ya que un mundo nuevo se le abría hacia delante y debía dejar constancia de innumerables situaciones y pensamientos. La mano siguió su trazo hasta completar lo que le pareció más acertado para que figurara en la portada: "*Libro de varias curiosidades*". Ya habría tiempo para ir llenando sus hojas con todo aquello que prometían estas palabras. Y como tiempo era lo que

sobraba por ahora en el barco, y para completar tan bella presentación, dispuso en el justo centro un ornato que realzaba a la vista la tapa y su título.

Mientras su vista iba del libro al horizonte marino que se extendía en todas direcciones, siempre igual, monótono y azul, iba rememorando los días previos al viaje, dedicados a resolver algunos de los últimos problemas ante la Casa de Indias y a pasear por esas calles de Cádiz a manera de despedida. Muchas ideas le cruzaron entonces por su imaginación, convencido de que su decisión había sido correcta. Si bien no era el primero en hacerlo, la sensación de considerarse el adelantado de una cultura en tierras lejanas le llenó de gozo. Tamaña empresa daba sentido a su existencia. Y así como el Gran Almirante había ganado para la Corona Española un vasto territorio con riquezas inconmensurables, él ganaría las almas que la poblaban para su credo, para el verdadero y único Dios que guiaba y fortalecía a los hombres que como él se animaba a recorrer los confines del mundo. Así su mente rodaba en disquisiciones y anhelos, y ultimaba los preparativos para su cometido.

Un tiempo antes, y cumpliendo otro viejo sueño, había viajado a Roma para nutrirse en el centro de la cristiandad de la fe necesaria para dar impulso a esa aventura de llevar al Nuevo Mundo su convicción. De allí surgía el impulso

unificador de un continente y eso es lo que ansiaba llevar y expandir más allá de las fronteras de lo conocido. Otras tierras y otras gentes debían ser unidas a este mundo guiado por la cruz y asentado en la fuerza de la espada. Quedaba lejos aquella mañana, cuando caminando por una callejuela romana entró a una tienda, la *Fábrica di Profumiere a linseguro della fortuna di Vienna in Roma*, y se dedicó a rebuscar aquí y allá intentando imaginar qué podría serle de utilidad. No eran artículos banales lo que le servirían para su próxima vida. Sabía que debía llevar lo necesario y justo, sin excesos. La vista fue dando vueltas hasta que dio con ese hermoso cuaderno cosido y con sus páginas en blanco. Las tapas y el lomo, todo en una sola pieza de pergamino, le daban al cuaderno el mismo carácter de solidez que las de sus ideas. La blancura de sus hojas inmaculadas se llenarían con las novedades que encontraría en esta misión encomendada por la Orden de los Franciscanos a la que se había incorporado, y que estaba dispuesto a cumplir. Así también se llenaría su vida con lo que la Nueva Tierra le daría en los años siguientes, aquello que ni su fantasía podía abarcar. Intuyó que al llevarlo representaría para él algo quizás tan importante como esa pequeña vihuela de la que no se separaba. Sin dudar lo tomó, pagó las pocas monedas que le pidieron, y a partir de ese momento su existencia cobró sentido para la Historia.

Fray Gregorio, que así le llaman ahora, camina por una calle de ese poblado y ruidoso puerto que es Cádiz. Por allí un par de personas pasan discutiendo un problema personal, más allá una mujer de larga pollera camina con cierto apuro, y desde la taberna los sones de los marizápalos y las peteneras inundan el aire trayendo a los oídos y ojos de él, de Fray Gregorio de Zuola, lo que llevará por siempre hacia tierras remotas. Ciertamente estos aires, esta gente, esta manera de hablar y de pensar, esta música, es algo definitivamente incorporado y difícilmente serán modificados, aunque sean muy diferentes los hombres, los paisajes, los climas que habrá de conocer. Sonos de bailes, romances que cuentan viejas historias, versos de Lope de Vega, el más grande poeta, todo lleva él registrado en su mente, y es lo que puede emocionarlo, alegrarlo, y tocar sus sentimientos. No otra cosa. Es lo que le da esta tierra marcándolo definitivamente, y llevará a esos lugares lejanos.

Después de un último vistazo, sin tristeza, deja la vieja tierra europea y emprende este viaje a su nuevo destino, como tantos que buscan los tesoros del Nuevo Mundo. El mar ha dejado de ser ya una ruta desconocida y es sólo una larga travesía, con peligros sí, pero con un destino cierto en una gran tierra

que espera para dar todo lo que el conquistador tome de ella. Fray Gregorio sueña en su viaje cómo conquistará las almas de los que allí viven, que otros tomen los tesoros que puedan encontrar, el oro, la plata, las piedras preciosas. Su misión es otra. Otro es el brillo que él pretende atesorar. Lleva una vihuela, sus cantos, su música, su crucifijo, esas serán sus armas, con ellas luchará y dejará como semillas en la Nueva Tierra. Y ese será el máximo tesoro que pretende. Su fe inserta en miles de almas que él convertirá a su verdad. La única.

El primer día del año de 1666, y como abriendo el año, llega por fin a la Villa de Cochabamba, en el corazón mismo de este nuevo continente. A pesar de que se quiso nombrar el lugar con una denominación castiza olvidada ya por el tiempo, la palabra indígena tuvo más fuerza y prevalece sobre cualquier otra como demostrando la insumisa terquedad del nativo. Cochabamba le llaman al lugar desde antes, y así quedará. Largo ha sido el viaje, y queda para la imaginación todo lo que pudo sucederle durante el mismo. Primero la travesía en barco, luego en carro, en mula, a pie, y por fin se llega a este lugar poblado por varias familias españolas rodeado por gente de piel cobriza, de lengua y

hábitos distintos, acostumbrados a trabajar la tierra y puestos a extraer de ella el mineral que tanto aprecia el español.

Con toscos adobes, y algunos tirantes tomados de los árboles lugareños que sirven de soporte al cierre del techo se ha construido un templo que sólo tienen que ver con las fastuosas catedrales europeas en su intento de servir a los fines religiosos y en la distribución de sus partes. Se les enseñó al nativo cómo modelar el barro fabricando los cubículos que una vez secados al sol sirven para levantar la mampostería y ellos mismos han realizado el cometido. Una edificación marcada por el espíritu europeo con materiales y manos del lugar. Fray Gregorio se hace cargo y allí oficia durante años no sólo en materia de fe sino en todo lo que puede y sabe hacer. No es sólo sacerdote sino oficia fundamentalmente de cronista en nacimientos y muertes, en novedades climáticas, para llegadas y partidas, en amores y desamores, para uniones y desuniones, en pensamientos que sugiere este paisaje o para aquellos que recuerda de sus estudios filosóficos, desde el movimiento de las estrellas o hasta lo necesario para el buen sabor de la comida. Y todo lo va registrando en ese cuaderno conseguido allá lejos y ha tiempo, cada vez menos blanco y cada vez más cargado de notas.

Para las melodías que no quiere olvidar, las canciones que todavía resuenan en sus oídos, las que quiere cantar con su vieja vihuela española y hacerles cantar maravillados a esta gente, para ellas también encuentra la forma de registrarlas entre esas hojas por si falla la memoria. Son armas poderosas para ablandar los espíritus, para abrir los corazones y quiere tenerlas presentes siempre. Son la llave para su ministerio. Y allí, en su cuaderno, tienen su lugar para ser escritas y leídas en su momento.

Y no sólo sus letras o su entonación, sino también el cifrado de los acordes para su vihuela que bien sirve para acompañar el canto. También algún arreglo para dos voces, porqué no a tres, e inclusive alguna hasta para cuatro voces. Algunos de sus fieles son entonados y tienen una excelente disposición para cantar. Con un poco de paciencia se les puede enseñar esas melodías y el resultado es casi como el de esos coros que escuchó en la vieja tierra. No es Palestrina ni Victoria o Guerrero, pero puede llegar a asemejarse a tan magnos ejemplos, mucho más trascendentes y propios de su fe que esos sonidos desafinados que sacan de sus flautas y de los toscos tambores. No puede imaginar Fray Gregorio al momento de escribir esas músicas quienes podrán releerlas y escucharlas andando el tiempo. Sólo está en su intención retenerlas

para la memoria y evitar que se diluyan en el aire como es el destino de toda música no fijada en el papel.

Fray Gregorio va dejando asiento de su ministerio en estas tierras alejadas, junto a la consigna de los sucesos cotidianos, a lo que considera importante y necesario dejar por escrito. Pero no aquello que pueda significar diferencia o particularidad con su tierra de origen, eso no es para él lo importante, no es un cronista histórico, ni escritor que describa lo que ve, lo que oye. El cuaderno, su cuaderno, es sólo el lugar de asiento del oficio que vino a realizar como misión al lugar que eligió como destino...

...

Se interrumpe aquí lo escrito, quizás porque el autor no quiso agregar más ficción, o porque consideró suficiente lo relatado, o tal vez por el simple hecho de haberse extraviado las hojas subsiguientes. En verdad, cotejando con el contenido del cuaderno todo aquello que se pudiera agregar no añadiría mayor

interés, y quizás le restaría consistencia a la historia, o verosimilitud. Pero lo que podemos agregar por nuestra parte son dos hechos consignados en el cuaderno de la vida de Fray Gregorio, su traslado al Cuzco diez años después de haber llegado a Cochabamba, en 1676, y su muerte en 1709. Esto último aparece escrito con otra letra, sin duda la de algún testigo piadoso próximo al fraile.

Sólo nos queda reiterar la reflexión de Carlos Vega en su trabajo musicológico. Estas melodías escritas en el antiguo códice son de origen español netamente, nada hay de lo indígena, local, de lo que sonaba alrededor del fraile en su estancia americana. Es música española escrita en América. Qué lástima que los oídos de Fray Gregorio se cerraron para aquella música original y no aparezcan ni siquiera un mínimo reflejo de ella, eso hubiera agregado un valor singular y nos hubiera dejado además un testimonio verdaderamente trascendental.

Pero es la imposición, y la visión, del conquistador sobre el conquistado.

El Buscador de Tesoros

 El dato es preciso. Allí en la falda de esa montaña no tan lejana y ya a la vista está lo que ha buscado durante tanto tiempo. Mientras avanza con ese destino el cabeceo del caballo le va dando el ritmo del paso, por momentos más lento y cansino, en otros juntando fuerzas para repechar una cuesta. Los cascos golpetean en la tierra y alguna piedra rueda fuera del sendero produciendo un ruido que desequilibra ese monótono y pesado acompasar. Las orejas del animal se mueven en distintas direcciones, hacia delante o atrás, intentando prevenir cualquier peligro inadvertido por el jinete ensimismado en sus pensamientos. Las riendas van sueltas, como dejando que

sólo busque el mejor atajo, pero siempre manteniendo la dirección fijada por el hombre. Allá al frente se ve la montaña hacia donde se dirigen, erigida como un reto desafiante en su imponente.

Un ancho sombrero cubre la cara del hombre de tez morena y ojos empujados por un sol cada vez más fuerte y quemante. Su cuerpo se balancea siguiendo el movimiento del caballo, dejándose llevar confiado en el instinto del animal conocedor de estas tierras. Atada de la montura sale una correa hasta el hocico del otro caballo dócil en su seguimiento. Sobre su lomo un gran bulto cubierto por una lona del color incierto de la tierra polvorosa, entre rojiza y amarilla, recorta la carga de la que se ha provisto el hombre para esta empresa. En la quietud del paisaje, el único movimiento lo producen los dos caballos y el jinete cabalgando sobre ellos. Ni siquiera un ave ha salido a revolotear, sólo algún reptil realiza su constante tarea entre el pedregullo sin importarle lo que pasa a su alrededor. Hace horas que van recorriendo ese camino entre el calor, el sol, las piedras y el viento agresivos y sólo soportables por quien muchas veces ha intentado esas travesías.

Jacinto Rueda, tal su nombre, ha seguido muchas pistas falsas en su vida, y ahora tiene la certeza de que por fin ha dado con una que lo llevará al lugar donde se esconde el tesoro del cual muchos han hablado, pero que nadie pudo

encontrar. No tiene apuro en llegar, él sabe que, por ahora, es el único que se atreve a su búsqueda. Su vista se pasea de abajo, de las patas del animal, hacia arriba al horizonte, de las piedras del sendero a los matorrales de los costados, de las riendas que lleva en las manos hacia ese punto lejano donde lo espera el hallazgo de esas riquezas. No hace falta espolear su caballo, también él parece compartir su afán. Ambos saben que tienen el tiempo necesario y es inútil cualquier apuro.

El sudor del animal moja sus flancos y hasta parece traspasar las caronas empapando las piernas del hombre, a quien también le chorrean las gotas por la frente y la sien.

Aparecen en un recodo del camino un par de arbustos desafiantes al sol con una inclinación oportuna para ofrecer una pequeña sombra protectora. Allí decide Jacinto Rueda hacer un alto para dar un resuello a sus animales y también para él mismo. Se baja, ata las riendas a una de las ramas, y se tira en el suelo extendiendo su cuerpo. Cierra por un momento los ojos y descansa. Por las dudas quedan al alcance de la mano el revólver y el rifle.

Con la vista hacia abajo va siguiendo el rastro en el polvo del sendero adivinando la dirección que siguen. En una mano lleva la lanza y con la otra,

cerrada en un puño, descarga la rabia que le brota desde adentro. La túnica que lo envuelve apenas lo protege de un sol al cual su cuerpo ya está acostumbrado. Calchaqui, señor de estas tierras, siente que ha sido agredido profundamente. Se han llevado a su familia, destruido sus tiendas y nada ha quedado de lo suyo. Su gente, sus cosas, todo ha sido destruido por el invasor. Él los vio cuando llegaban, los escuchó en esa extraña lengua, pero no advirtió que lo que buscaban no era sólo el oro y la plata que para ellos tenían gran valor, también era adueñarse de sus tierras, de sus brazos, de su voluntad. Con sus ojos que saben ver cualquier rastro puede ver y seguir las huellas de esos animales usados por los extranjeros para andar tan rápido como él. En algún momento tratará de apropiarse de alguno para hacerles frente de igual a igual. Por ahora los va siguiendo, le sobra su bravura.

Rueda sueña e imagina el tesoro que anda buscando. Sabe que los españoles venían siempre tras la plata y el oro. Cuando lo hallaban, lo tomaban y lo llevaban hacia el norte. Quizás alguna de esas cargas, por algún contratiempo, pueda haber quedado escondida en ese lugar que él supone, y por siglos permanece allí. Barras de oro fundido de las joyas arrebatadas a los indios, lingotes de plata sacados de las minas, quizás alguna piedra preciosa

que lució un cacique. Todo cabe en su imaginación. Mucha gente le habló de esto, con vaguedades, sin precisión, casi como una leyenda. Y mientras más le hablaban, más se agrandaban las barras de oro y los lingotes de plata, más eran las esmeraldas y zafiros. Fueron también varios sus intentos, pero los datos no alcanzaban, y todo era un andar sin rumbo. Donde debía haber una loma, la planicie seguía. Donde un añoso árbol serviría de marca, ya había desaparecido tragado por el tiempo. Donde una hondonada le podía dar una indicación, el agua y el barro la habían cubierto, disimulándola. Donde una roca pudiera guiarlo, se había despeñado rompiéndose en mil pedazos. Todo el paisaje cambiaba inexorablemente con el tiempo, ocultando cada vez más el lugar donde descansaría el tesoro que Jacinto Rueda persigue.

Un ave canta a lo lejos y es la señal que escucha con atención. El aprendió a leer en la tierra, a escuchar del viento, a ver dónde una piedra cambió de lugar, dónde se quebró una rama, dónde una hoja quedó fuera de lugar, y eso le sirve de guía entre los cerros. Algo ha cambiado ahora, y mucho. Gente extraña ha roto el equilibrio de su paisaje y él se ha dispuesto recomponerlo aunque le vaya la vida, porque presiente que peligra el orden que conoce y del cual él se sabe dueño. Los animales se lo dicen con temor, los pájaros le cantan

advirtiéndole, el viento le trae en su silbido un aviso de atención. Los extranjeros andan a cierta distancia de allí. Por un momento se detiene a escuchar. a ver, a sentir lo que los pájaros, las piedras y el viento le quieren contar. Ya los encontrará.

Cree escuchar unos pasos que lo siguen y lo culpa al viento entre las piedras. Presiente que alguien pueda andar cerca y trata de convencerse que sólo es su fantasía. Quien podría andar en estas lejanías si no fuera por querer llegar a dónde él sabe. En este paraje borrado hasta en los mapas, y donde sólo él se atreve a buscar, nadie andaría. Ya es tiempo de seguir. Ha descansado lo suficiente y debe aprovechar la luz del día. Palmea al animal como para darle ánimo, ajusta la cincha, acomoda la montura y entre el resoplo molesto del caballo pone un pie en el estribo y en un envión está otra vez arriba para seguir su expedición. Es poco el trayecto faltante, y lo inquieta la cercanía. ¿Será otra vez un desengaño, o la suerte le dirá lo contrario?. Confía en el sueño que tuvo de hallar aquello que otros no pudieron. Rueda rodó mucho por la vida y poco es lo que encontró, esta vez cambiará su suerte según su deseo.

Calchaqui llega al pie de la montaña. De a uno va levantando lo que queda de su vida. Jirones de sus tiendas, recuerdos de su gente, restos de sus animales, lanzas quebradas, y todo se va convirtiendo en piedra y arena. Nadie queda, todo se lo llevaron. Un inmenso dolor lo recorre transformándose en un enorme y gran grito que traspasa el tiempo, que hace temblar la tierra, que conmueve las montañas y se ahoga en los confines del paisaje. Rueda recoge ahora las piedras de a una. Sus formas son particulares. Si las torneó el viento no fue de manera caprichosa. El las ve y las escucha. Hay algo que empieza a comprender. Algo que le transmite el lugar, esos cerros, esas piedras y ese aire. No hay lingotes de oro o plata, ni brillantes ni zafiros ni esmeraldas. Es sólo la tierra que se le desliza entre los dedos y la va sintiendo de a poco. Se convence cuál es el tesoro que anduvo buscando tanto tiempo y que está allí confinado y escondido. Monta nuevamente y emprende el regreso. Rueda Calchaqui tiene ahora otra misión que cumplir.

El Ciclista

n dolor agudo y penetrante me llena la cabeza sintiendo que algo se me va. Ese par de luces que se me vienen encima y yo sin poder atinar a nada, sin darme tiempo a nada, porque podían haber ido para otro lado y yo seguir tranquilo mi camino. Si apenas me faltaba un trecho y ya doblaba por la calle de tierra por donde voy derecho a casa. Seguro que me están esperando desde hace rato con la comida lista en la mesa. Voy por el camino meta pedaleo dale que dale, apurándome porque ya se ha puesto oscuro y esta parte no me gusta nada. Los autos pasan como un refucilo a mi

lado y aunque yo siempre ando al costadito ellos son los dueños de la ruta. Quien sabe si me ven, y si me ven no me quieren dar su lugar porque ellos van tan rápido que apenas tienen tiempo de esquivarme. Y yo que ando medio mareado. Pero tengo que seguir con la vista en el borde del camino aunque ya está oscuro y se ve poco, y le voy dando siempre igual sin desviarme con los ojos clavados al piso.

La macana fue demorarme en el bar de Anselmo. Si yo ya me iba, y se viene el tuerto Godoy. Siempre está ahí, borracho como él sólo, esperando que aparezca algún conocido para contarle de vuelta la historia de sus desdichas. Es como uno de esos bichos que se lamen la herida no para curarse sino para que todos se enteren de su dolor. Y lo riega todos los días con alcohol para avivar más su sufrimiento. Yo ya me iba, y el verlo así, y yo que ando contento, no me deja negarme a su invitación.

Que "venga mi amigo", que "échese un trago conmigo, no me desaire", y esas cosas que dicen los que están pasados en la bebida. Tantas veces me hice el zongo, pero ahí me dio lástima. Todo el mundo le hace lo mismo, apenas si lo miran y siguen de largo. porque ya resulta cargoso con sus lamentos y sus reproches. La historia de cómo perdió su ojo, de quienes lo abandonaron, de lo que tenía y ya no tiene, y todos los cuentos que ya los tengo oídos un montón

de veces, y que quien sabe cuánto habrá de cierto en ellos, o si son formas de justificar su abandono.

Desparramo alegría en el bar y me gusta compartirla. Me parece que Anselmo, como gran amigo que es, se alegra cuando nos ve así, a todos, y también nos compadece cuando nos ve tristes. Es el paño de lágrimas e nuestras desdichas y el reflejo de nuestras sonrisas. Lo que se dice un gran tipo. Por eso me gusta entrar a tomar algo cuando paso por allí. A festejar o a llorar como quien dice.

Y yo quería festejar, porque hay días en que a uno le va bien, y eso merece un rato de diversión. Claro, tener platita en el bolsillo, y bien ganada, a cualquiera le levanta el ánimo. Vengo con la bicicleta meta silbar y veo ya medio de lejos el letrero que no sé para que está porque todo el mundo sabe donde es el bar de Anselmo. Será para algún visitante despistado que no conoce el lugar y quiere comprar algo. Pero es raro que algún desconocido entre allí, si de verlo de afuera ya se ve que invita a entrar sólo a quienes somos los parroquianos. Cualquiera que fuera un extraño se sentiría incómodo y se daría cuenta que es un lugar para estar entre amigos. Y ese lugar hay que ganárselo.

La calle es de tierra y con la bicicleta hay que andar esquivando las piedras. Menos mal que está lejos de la ruta, acá se puede ir tranquilo, no pasan autos, y si pasa alguno tiene que ir muy despacio. A nadie se le va a ocurrir meterse con un auto por este lugar. Siempre que vengo de trabajar voy por acá como si fuera un paso obligado. Y no es que no pueda ir por otro lado para mi casa, pero uno es animal de costumbre y siempre se agarra por el mismo camino como las vacas que van al corral.

Tengo trabajo y me va bien. No me puedo quejar. Que levantar una pared, darle al revoque, poner un marco, alisar el contrapiso, nivelar los mosaicos, son todas cosas que sé hacer bien y no me falta voluntad para realizarlo, y más si lo hago sólo, aunque cada tanto viene el arquitecto y me dice que esto o lo otro, y también mete la pata a veces. Pero yo le digo que sí a todo y se queda contento. Eso lo aprendí de chico, a no contradecir al que manda, total no se gana nada. Después uno se desquita en otro momento. Como ahora que vengo con la platita en el bolsillo que me paga el doctor por el asador y el quincho que le estoy levantando. Está quedando lindo y eso lo ve él, por eso es generoso y a veces hasta me llena de regalos para los chicos o mi mujer. Y me paga lo que le pido sin chistar.

Buen hombre el doctor. Por eso salgo contento de su casa y pienso en festejar después de estar todo el día entre ladrillos, cemento, arena, llevando baldes con mezcla de acá para allá, andar trepado a los andamios, y con el sol que en esta época ya pega fuerte y no hay forma de escaparle. Pero no me quejo, porque me gusta hacer lo que hago. Después de tanto esfuerzo ver como se levanta algo donde antes no había nada, y hecho con mis propias manos, aunque después lo disfrute otro.

Mi casa la hice yo mismo, juntando materiales un poco de aquí, otro poco de allá, en un terrenito que estaba libre y donde lo único que había eran yuyos y zanjas. Sin muchas pretensiones, pero como para tener un lugar donde estar bajo techo. A mi mujer le gusta aunque ella se conforma con poco. La arregla, la adorna, la pone más linda y uno se siente bien allí. Cuantas ilusiones el día que nos fuimos a vivir a ese ranchito, porque más que una casa de esas señoriales no es más que eso, sencilla y modesta como nosotros.

Al principio es difícil la convivencia, hasta que uno se amolda al otro, como los engranajes de una máquina nueva que se van modelando y gastando de la misma forma y a medida que pasa el tiempo los roces se transforman en compartir fuerzas. Uno siempre trata de que no le falte nada, y por más que ella también sale a hacer algún trabajo, limpiar o lavar ropa, yo le llevo lo que

gano para que ella lo disponga. Ella se lo merece, aunque mi madre dice lo contrario. Pero son cosas de mujeres. Siempre andan recelando entre ellas. Que porqué dijo, que no dijo o qué quiso decir, siempre hay algo para andar peleándose, y por simplezas que yo ni las entiendo. Y los chicos también agregan lo suyo, pero ellos van haciendo su vida y ya el destino los irá conduciendo.

Jugar a la pelota, andar con los amigos, pensar en salir con alguna chica, reventarlo al trompudo ese que siempre nos anda retando por hacer los que nos gusta, o divertirnos nomás, son las preocupaciones que uno tiene. Mi madre siempre me anda diciendo que no sea como mi padre, que no ande vagando, que me preocupe por mejorarme. Y total para qué, si de esta vida no se sale, se vive igual como siempre, mas vale disfrutarla mientras se pueda y cuando a uno lo dejan.

Mi padre anda todo el día casi blanco desde el pelo hasta los pies por la cal que trae de la obra. Sus manos grandes están medio duras y arrugadas y a veces me las pasa cariñosamente por el pelo mirándome apenas. A veces se pelea con mi madre, y eso no me gusta. Eso me duele mucho. Su voz suena un poco rara, como arrastrada y él se tambalea y dice cosas a los gritos. Mi madre lo reta y consigue acostarlo. Después llora y no quiere que yo la vea, y me doy

cuenta de eso. La veo alta y en sus ojos hay una expresión que siempre me acompaña.

Esa luz que me molesta, me hace doler, y no sé qué pasa. Tengo frío, tengo hambre. Estaba tan bien, tan cómodo, y esa luz fuerte, dura, que se viene y yo no quiero, tengo miedo. Esa luz.

Espera

Se sentó bajo el alero externo estirando los pies y llevando la vista perdidamente hacia fuera dejó transcurrir el tiempo. Eso quizás lo ayudaría. La galería de la casa distaba algunos metros del alambrado, límite con la supuesta calle que bajaba rectamente hasta el grupo de casas más próximas, y servía como único acceso desde el poblado. Había quedado reducida a un simple sendero que caracoleaba entre montículos de tierra y piedras cubiertos por una vegetación informe y desordenada, cambiante según la época del año. El proyecto de construcción municipal había quedado en esas

líneas imaginarias que partiendo desde el bajo llegaban algo más allá de lo que alcanzaba a ver desde su galería, punto final de la calle y del municipio.

Mientras sus ojos la recorrían de abajo arriba y de arriba abajo una larga somnolencia le recorría el cuerpo solamente interrumpido por el verdor que desde afuera le inundaba sus ojos reafirmando tozudamente la victoria del pasto sobre la aridez de la tierra.

Largo tiempo había reclamado la ejecución efectiva de ese trazado, pero como ya estaba dibujado y asentado como calle abierta en los planos municipales, y además la suya era la única casa a la que llegaba para servir a su único morador, sus pedidos fueron archivados convenientemente con la consigna que se le daría curso favorable en el momento oportuno, en la época propicia y cuando se dispusiera del personal y máquinas necesarios.

La dificultad para avanzar por ese sendero-calle era dentro de todo más conveniente, pues le daba una cierta independencia sabiendo que a nadie se le ocurriría internarse por esa subida que, además de molesta, rechazaba a cualquier extraño visitante. Ese ámbito de soledad gratificaba su pasar de años y recuerdos.

Su compañía eran sí aquellos pájaros que revoloteaban por los árboles cercanos, los insectos que aumentaban su presencia con el calor, y el viento

que le acercaba una caricia fresca acompañado a veces por voces y ruidos lejanos. Esto le llevaba a evocar momentos que no olvidaba ni lo quería hacer, a pesar de lo dolorosas que eran. Voces de mando y ruidos de algún vehículo en una noche donde la oscuridad trajo el terror escuchó también cuando vinieron a buscar a su hijo para un reconocimiento o para hacerle algunas preguntas, según le dijeron. Desde entonces le quedó su figura como recuerdo, arrastrado su cuerpo entre golpes. Inútiles fueron después todos los intentos de averiguar qué había sido de él. Le dijeron que eso ya era un caso juzgado y archivado. Era como la construcción de esa calle municipal. Burocráticamente había quedado establecido la inexistencia de su hijo, así como quedaba asentada la existencia de ese trazado. Sólo le quedaba la espera, convencido de que con las letras de esa palabra se inicie otra que le abra su corazón, esperanza.

Un pequeño movimiento delata a lo lejos una figura que por el sendero va subiendo y de a poco se va agrandando. Los ojos la han divisado y ya no puede quitarse de ella. A medida que se va acercando le va confirmando quien es ese personaje que lentamente y con dificultad va remontando esa subida. Unas ropas raídas, una barba de varios días y un enorme bulto sobre sus espaldas agregan a la familiaridad de su silueta la certeza de su persona. El calor y el

peso de lo que lleva a sus espaldas no hacen mella en su trajín. Los pasos que da remarcan aún más su esfuerzo. Reconociendo quien es, una expresión de simpatía le llena su rostro. El caminante, que ya ha divisado al dueño de casa sentado en la galería, levantando una mano lo saluda. Y mientras va pasando por el frente, sin aminorar su lenta y esforzada marcha que sigue hacia un punto todavía más elevado que el de esta casa, con algo de reproche le grita: “¿Y, todavía sigues esperando?”. Después de varios pasos, ya casi dándole la espalda y sin volverse, termina su rezongo: “¡ Así no se construye la esperanza!”.

Esperanza y espera son dos palabras con una raíz común, pero entre ellas existe la diferencia que va de la acción a la pasividad, del hacer al no hacer, es lo que el caminante le ha hecho entender y él hace suyo. Es tiempo no de esperar sino de abrirse a la esperanza. Con estos pensamientos que ahora le revolean recorre los metros hasta el alambrado, sale de su casa, y dirigiéndose hacia abajo por el sendero que lo llevará hasta el poblado, va, una vez más, por lo que él cree que le corresponde.

Un héroe cotidiano

hapotea en el barro saltando por las partes secas en esas cuadras que van de su casa a la parada del colectivo. Y eso que apenas fueron unas gotas que cayeron anoche. Todavía está medio oscuro en el frío matinal que le pega en la cara despertándolo a la fuerza después de algunas horas de sueño. Los chicos todavía no se levantaron, ellos van al colegio un poco más tarde, por suerte. La madre se encargará de ellos, que salgan a horario y cumplan con lo suyo. Mientras recorre esos metros oscuros y

barrosos, por si acaso va mirando para aquí y allá, no vaya a ser lo que le pasó el otro día cuando le cortaron el paso ese par de muchachones, ¿o eran tres?, empezaron pidiéndole un cigarrillo, luego unas monedas, y al apurar el paso sintió el filo de una navaja que le apretó en las costillas obligándolo a dar lo que tenía en el bolsillo sin decir nada. Esta vez si los ve pondrá prudente distancia, menos mal que no aparecen. A su amigo también le pasó algo parecido pero reaccionó distinto, sacó la 22 que tenía en el bolsillo y empezó a los balazos, terminó él preso explicando que se quería defender pero no hubo caso se comió unos cuantos días en la comisaría hasta que el juez le dispuso la libertad condicional por falta de antecedentes, se salvó por eso, pero ahora ni pasa por esa cuadra. Todavía faltan unos metros para la parada del colectivo, ojalá que pase enseguida que no se demore mucho, porque eso de estar esperando sólo es medio riesgoso. Y sobre todo a esta hora. Ya llego a la esquina, ahora a esperar el bondi, a ver si pasa pronto, y que pase, porque a veces no quieren meterse por acá con el barrial que hay, cuándo arreglarán estas calles, qué suerte allí aparece otro igual que yo con las manos en los bolsillos los ojos a medio abrir, buenas, está fresca la mañana ¿no? El otro ni me lleva el apunte si está más dormido que yo pero por lo menos somos dos por si se aparecen esos malandras medio borrachos medio drogados, contra dos no creo que se animen.

Allá está ahí viene con las luces prendidas y medio cabeceando por los pozos de la calle, pará, pará, no sigás de largo, bueno por fin frena, me agarro a la manija y me subo de un salto. Ya estoy adentro un poco más seguro, hasta Corrientes y Callao jefe, pongo las monedas en la ranura de la máquina haciendo malabares para embocarla porque si se me caen no las veo más y son las únicas que tengo no es cuestión de perderlas y que el manejante me deje de a pie y yo pierdo el trabajo si no llego a horario. Ya está con el boleto en el bolsillo me siento al fondo así puedo dormir hasta que llegue tengo casi una hora de viaje aprovechemos el rato que después tengo todo el día para atender a la gente y bancarme al trompa. Cómo se mueve esto las frenadas del tipo este me van a hacer dar la cara contra el asiento de adelante, cómo se ve que él va bien sentado y agarrado al volante cada vez más gente en el bondi, yo me duermo un rato y listo me olvido de todo, pero con un ojo medio abierto no sea que me pase y termine bajándome en Retiro. Entre los matorrales apenas se ve algún movimiento que deben ser ellos bien uniformados. A nosotros no nos ven, y ni se dan cuenta que estamos escondidos esperando a saltarles encima, la sorpresa que se van a llevar maturrangos de mierda que se vuelvan a su tierra. Las lanzas y los cuchillos los tenemos bien preparados y ni tiempo van a tener para defenderse. Hay que contener hasta la respiración para que no nos

descubran. En cuanto menos lo esperen empezamos a los gritos y los volteamos del caballo a puro lanzazo y cuchillada y si alguno se escapa le boleamos el animal y de un salto lo agarramos, falta la orden del jefe y ahí nomás le empezamos a dar. Los vamos a correr a todos hasta que se vayan.

La frenada brusca me despierta de golpe ya faltan dos paradas y me bajo. A ver mi campera que no la pierda la aprieto contra el cuerpo me voy parando para llegar hasta la puerta permiso por favor me deja pasar baja usted en la próxima no entonces permiso toco el timbre, che chofer pará que aquí me bajo no sigas de largo, aquí, aquí. Bueno, por fin. Se abre la puerta entra el aire fresco envuelto con el ruido de autos y personas. Doy un salto, no me falta nada, hay que andar con cuidado porque en cuanto te descuidás chau te afanaron hasta los huesos. Por la vereda es otra cosa enfilo hacia la esquina esquivando gente que mira para cualquier lado y todos apurados nadie ve nada. Qué locura esta mañana siempre pienso lo mismo como si fuera diferente cada día. Una pareja pasa hablando de lo que hicieron o van a hacer vaya a saber uno, aquel tipo mira su reloj pensando si llega a horario, y un perro huele la basura del día anterior mientras el barrendero peina la calle espantándolo. El semáforo pasa de verde al amarillo y al rojo para dar paso a los que esperan

para cruzar la calle toreando a los autos ya doy vuelta la esquina estoy justo en hora hoy llego bien sin novedad mi capitán.

La orden se hace esperar a lo mejor ellos están sobreaviso y debe haber otros que están apoyándolos de lejos y en cuanto nosotros hagamos un movimiento serán ellos los que caerán encima nuestro. Por eso el jefe debe estar pensando mejor dejarlos pasar y que sean los otros que están más allá quienes los sorprendan y nosotros nos encargamos de los que vienen después. El revuelo de los caranchos haciendo círculos en el aire con sus alas extendidas me da un presagio de lo que está por suceder. Su lento girar entre el azul y las pocas nubes que lo cortan con su blancura tensa aun más la espera de los nuestros en el interminable silencio de la mañana.

Buen día jefe cómo va todo bien, el tipo me mira de reajo aceptando todo lo que digo y se hace el de mirar el reloj como para marcarme los segundos de demora che si después me quedo fuera de hora un montón no hay que exagerar. Voy a la piecita del fondo dejo la campera vuelvo y con la mejor onda me arremango la camisa a esperar que vengan los clientes y atenderlos con la mejor sonrisa que así es este trabajo. Ahora a la mañana todo es bastante tranquilo el baile empieza más tarde después del mediodía cuando la gente sale a caminar primero pregunta y ahí es que uno tiene que responder, aconsejar,

orientar. Ese que entra ahí no me gusta nada su cara mirá si es un chorro con la mano escondida parece que va agarrando un bufoso dentro del saco vuelve la vista para todos lados como estudiando la cancha a lo mejor es un ratero que se quiere levantar algo de la mesa de saldos sin que nadie se dé cuenta pero no seas gil que todos te están viendo no parece que es cuestión de timidez nomás porque me le acerco y me pregunta por aquel libro que trata sobre la guerra de la independencia, del autor que más o menos se llama así según le entiendo, y que cree que lo editaron acá. Se lo ubico el tipo contento se queda hojeándolo, es una buena edición le digo creo que la única que se consigue y a buen precio vea sinó.

Se escucha un disparo desde algún lugar, eso puede ser la señal esperada, saltamos todos a los gritos con la lanza en la mano y un cuchillo en la otra, los soldados van reculando, hay más tiros alguien cae herido a mi lado yo me le voy encima a ese que tengo delante, me pega un sablazo de costado y me deja tirado en el piso medio atontado. Con los caballos salen al galope para el lado opuesto, hay más griterío, los otros se juntan más allá y el jefe nos ordena irnos para el monte hacia atrás así no nos pueden agarrar. Mirá que les dimos un buen susto, ya ellos se vuelven a agrupar, a ordenarse y marchar donde los atacamos pero no queda nadie, todo fue en un momento muy rápido

así no les damos tiempo a reaccionar. Ellos están acostumbrados a sus batallas entre ejércitos donde se preparan atacan y retroceden a campo abierto pero aquí es distinto nosotros les caemos de sorpresa y eso los desconcierta, no les seguimos sus reglas, eso los tiene mal. El monte nos protege y nos esconde porque lo conocemos y es nuestro. Uno de los nuestros quedó medio malherido de la perdigonada y ya lo están atendiendo parece que no es grave a mí sólo me dieron de costado y los otros también la sacaron barata, en cambio por el lado de ellos no sabemos si habremos lanceado a alguien pero eso sí el susto que se llevaron fue único. Más de uno debe estar extrañando su tierra y maldiciendo el momento en que lo trajeron para acá. Deben pensar no hay rey ni dios que los proteja, será muy bonito su uniforme pero aquí no nos da miedo. A puro poncho, lanza y grito los hacemos retroceder.

Pasa lento el tiempo recién es mediodía hoy está floja la venta puede ser que a la tarde mejore un poco pasa un patrullero con la sirena a todo lo que da seguro que hay algún robo por ahí es lo más común la gente mira para aquel lado será cierto lo que pienso y es lo más probable patrullero policías sirena gente que mira. Se siente un par de disparos mirá que es cierto el jefe me dice che bajemos la cortina por las dudas por los chorros no, por la manifestación que viene no escuchás el despelote que hacen capaz que rompen algún vidrio,

no eran disparos eran petardos o bombas de estruendo deben ser del frente de los desocupados o de los ocupados que no les pagan o de los okupas que los raja la municipalidad de alguna casa tomada esto es cosa de todos los días pero con los negocios como los nuestros no se meten digo van a pasar de largo vas a ver dale por las dudas bajemos bueno total es mediodía y con esta manifestación pasan todos de largo y si alguien entra es para refugiarse de la cana no para comprar. Bombos, banderas, tambores, algunos con palos, muchos con casaca amarilla que los identifica que son del movimiento la policía vigila de lejos por las dudas pero está todo pacífico es nada más que ruido pasan como tormenta de verano para el lado de Plaza de Mayo. Otra vez todo tranquilo me voy a comer algo le digo al jefe sí andá nomás volvé en una hora.

En el lugar de reunión, el descampado detrás del monte, se habla de lo que pasó, hay un recuento de los que estamos, todo bien, el jefe dice que ahora debemos irnos para otro lado porque a esta hora deber estar haciendo un rastrillaje por todas partes y mejor no enfrentarlos ahora, que se queden con las ganas de encontrarnos. Viene la orden de montar a caballo y de dispersarnos. De a dos o de a tres se van yendo todos con rumbos diferentes. Ya vendrá el momento para darles otro susto. Por ahora cada uno a su rancho.

Hola, me prepararás un sanguchito de milanesa viste en la tele ahí pasan lo de la manifestación de hace un rato es por el cierre de no sé qué fábrica que la quieren reabrir y los dueños no quieren poner un mango, se lo habrán llevado todo afuera como siempre pasa el que se jode y el que tiene que poner el cuerpo es el laburante. Uy mirá parece que habrá paro de choferes de colectivos justo hoy no cómo me vuelvo, ah no parece que lo programan para la semana que viene hoy me salvo. Ahora empiezan a pasar todos los asaltos y las policiales este noticiero parece una telenovela, no, no parece es nomás. Mejor me voy yendo. Che cuánto te debo tomá te dejo las monedas demás son para el pibe. Chau flaco por cuánto ganamos el domingo vas a ver que este año nos vamos para arriba, el otro con una sonrisa canchera me sobra la apuesta con el gesto me lo dice todo qué gran tipo éste.

El caballo, al trote corto nomás, le doy un poco de rienda así me va llevando él sólo a mi rancho. Ya conoce el camino. Mi mujer me espera con algo de comer y siempre preocupada por lo que me pueda pasar, pero le digo así es esta vida, ya vendrá mejor tiempo cuando nos saquemos a los godos de encima. Por ahora enfrentarlos y esconderse, golpear y retroceder, salir y volver. Y por ahí puedo no volver es lo que ella me dice pero hay que jugarse

por lo de uno. No nos van a imponer lo que ellos quieran, ni los de levita de la ciudad que buenas relaciones hacen con ellos.

Tengo tiempo todavía para volver voy despacio caminando no hay apuro. El sol pega fuerte a esta hora pasada del mediodía. El bullicio de la calle se transforma en cantos de pájaros y sisear del viento entre las hojas de los árboles. Lo que es gris de vereda y asfalto se me hace verde de monte y pradera, la altura de los edificios parecen las montañas que me van rodeando. Un azul entrecortado por el blancor de las nubes se me va abriendo en el horizonte y el perfume del campo tapa el humo de los autos. Llevo la rienda de mi caballo ya desensillado para largarlo en el corral a que descanse y se reponga de la andada, fiel amigo de mis correrías. Hay un poco de barro todavía entre el pasto por la lluvia de anoche que el sol irá secando despacio. El jefe nos llamará pronto para seguir hostigando al invasor en estos tiempos de lucha. No hay que darles tregua y aunque algunos anden amigándose con ellos, nosotros firmes aquí, y que se nos vaya la vida en esto. Un revuelo de pájaros a lo lejos me lleva la vista hacia esos campos detrás de la arboleda. Es el General en persona haciendo su recorrida por este lugar en su caballo negro. Me acercaré a saludarlo y a ponerme a sus órdenes para lo que mande. Un par de cuadras más allá está la plaza con el monumento, sigo caminando en esa

dirección y mientras me voy acercando la figura del General en su caballo se me impone como un recuerdo de batallas y luchas desde su pedestal de cemento y piedras. Las palomas revolotean a su alrededor sin preocuparse por tamaña grandeza. Los caminantes que pasan distraídamente, como las palomas de la plaza, ignoran esa figura metálica que desde su altura sólo yo veo encarnarse en la memoria como el héroe y guía de antiguas batallas.

La Doncella del Parque

iertos hechos al ser relatados pueden carecer de verosimilitud o si se quiere sólo las palabras son las que le dan sustento y es en nuestra imaginación donde se forma el suceso cobrando allí entidad. No es que uno sea naturalmente un incrédulo pero por más que el relato sea hecho con

naturalidad y por una persona de quien no se puede desconfiar hay un límite entre realidad y fantasía, ¿o no?. Cuando mi amigo, con cierto temor a ser considerado fuera de si o al menos un desequilibrado, me hizo este relato en el café donde solemos reunirnos habitualmente y periódicamente con otros conocidos, no pude menos de sorprenderme. Aprovechó por supuesto el momento cuando los otros no estaban y echó casi a modo de confesión sus palabras. ¿Por qué a mi?. ¿Porqué no se lo dijo a cualquiera de los otros?. Podría hacer varias conjeturas de la razón porqué fui yo el elegido. Quizás porque conociendo mis veleidades artísticas y mis intentos de escritor sería yo el más indicado para entenderlo, o quizás también porque yo podría dar forma literaria a su imaginación, si es que de eso se trataba. Si es que eso era producto de su imaginación y me daba pie para un relato con su argumento, o realmente le habrían ocurrido tales hechos. Si quisiera él ser un autor de ficciones o la realidad lo había superado. ¿Qué era lo que le pesaba más, su vanidad de creerse un fabulador, o ser el testigo de un hecho fantástico?. Lo cierto es que esa tarde que yo imaginaba un momento de esparcimiento, de charla informal sobre temas intrascendentes, pasó a ser el comienzo de una preocupación para mi. Al momento de contarle para él resultó un alivio compartir con otro aquello que le preocupaba, el saber que su carga podía

repartirla con otra persona en quien confiaba y que sabía no lo traicionaría ridiculizando sus dichos. Pero para mi fue una forma de entrar en su intimidad, en su imaginación fabuladora o en hechos que resultan inexplicables. Es algo que aun hoy no logro dilucidar. Y aunque me esfuerce en ello, en intentar dar una respuesta lógica, resulta tan complejo y difícil, que lo único que resta es contar esas palabras y lo que de allí en más fue sucediendo y que cada uno saque sus conclusiones.

Hace exactamente dos meses, comenzó diciendo mi amigo, empezó a ocurrirme algo que no puedo explicármelo. Te lo diré en la forma más breve posible para que puedas a lo mejor no ayudarme pero si intentar comprenderlo y decirme que no estoy loco. Como lo hago siempre, y especialmente en estas noches de verano a veces agobiantes, salgo a dar una pequeña caminata a una hora en donde ya no hay nadie en la calle. Aprovecho la tranquilidad de la hora y como no necesito despertarme temprano ya que mis horarios de trabajo me lo permiten, suelo llegarme a ese pequeño parque no muy lejos de mi departamento. Sabes que vivo sólo, desde que me separé de mi mujer preferí esta vida de no tener que compartir rutinas hogareñas. Por ese parque doy algunas vueltas y suelo sentarme un momento en un banco. Siempre el mismo. Lo hago como una costumbre. Es como decir que ese banco es parte de lo mío,

de mi casa, o de la prolongación de ella que es ese parque. Me siento allí, a veces fumo un cigarrillo, otras veces simplemente me quedo a tomar aire, estoy un rato y luego regreso a mi casa.

Bueno, hasta aquí no veo nada anormal, le digo. Cualquiera de nosotros haría lo mismo.

Espera, espera. La otra noche, hace exactamente dos meses, estaba allí sentado en ese banco envuelto en mis cavilaciones, no sé qué hora sería, pero no había nadie allí, cuando veo una hermosa doncella con ese tipo de túnica griega que daba pequeños saltos y contorsiones como una bailarina clásica.

Sería una noctámbula como vos que aprovechó la hora tranquila de la noche para sus prácticas de baile, le digo algo risueñamente.

Yo también pensé eso al principio. Hasta pensé en acercarme y darle alguna conversación, pero simplemente me quedé absorto viéndola en su belleza inaudita. Giraba, hacía piruetas, y sus movimientos tenían una gracia única. Cuando quise llegarme hasta ella, es decir me levanté del banco dando algún paso, simplemente se esfumó, no la vi más. Mejor dicho la bailarina de bellos movimientos desapareció, sólo había en el lugar una estatua que simulaba una diosa griega o algo parecido.

Un momento, no me dirás que en tu loca imaginación habrás creído ver que la bailarina se transformó en estatua. Bueno, algunos lo hacen para ganar una moneda, se maquillan y disfrazan para parecer una estatua en alguna posición y se quedan un buen tiempo así.

Al revés, mi amigo, era la estatua que bailaba, según pude ver después. Allí, en ese parque, está desde siempre una estatua de una diosa griega. Bien metálica, bien adherida a su pedestal, inamovible. (Esta última palabra me la remarcó silabeándola) I-na-mo-vi-ble. Pues, lo que yo vi esa noche, y varias noches más, es que al sentarme yo en ese banco, la diosa griega salía de su letargo y como una exquisita bailarina danzaba y saltaba de un lado a otro en un espectáculo que era sólo para mi, para este hombre que se sentaba a esa hora de la noche en ese banco solitario del parque. A esa hora en que sólo yo, y ella por supuesto, estábamos allí. Pero si yo quería acercarme, si sólo me levantaba de ese banco, el encanto se rompía y la doncella volvía a su posición de estatua.

Como advirtió mi gesto de incredulidad, siguió con su relato.

Pasé a distintas horas del día, me senté en el mismo banco, en otros, di vueltas, pero siempre estaba allí esa estatua fría. Sólo se producía ese encanto, es la única forma con la que puedo denominarlo, a una determinada hora de la

noche, en ciertas noches que a lo mejor tengan algo que ver con la posición lunar, esto tengo que corroborarlo, y cuando me sentaba en ese banco.

¿Alguien más vio eso?, pregunté.

No, y es al primero que se lo cuento.

Si quieres puedo acompañarte una de estas noches y podemos asistir juntos a ese espectáculo mágico coreográfico.

Puede ser.

Vi la duda reflejada en su rostro, como algo que si sólo le pertenecía a él, al tener que compartirlo, le quitaba el encanto con que se le presentaba su doncella del parque.

La conversación quedó allí. Con los demás que luego se agregaron o volvieron a la mesa cambiamos a la temática acostumbrada de los hechos del momento u otras trivialidades.

Unos días después volví a ver a mi amigo, algo más demacrado, quizás por el sueño que le quitaba sus encuentros nocturnos. Sin rodeos le pregunté por su famosa bailarina. Y como ya me hacía partícipe de su secreto sin ningún tipo de reparos me invitó esa noche a que confirmara con mis propios ojos lo que él me había relatado aquella tarde en el bar.

Verás que lo que te he contado es absolutamente cierto, me dijo. Es más, ahora la veo todas las noches en el parque, pero no he conseguido hablar con ella. Cada vez que me levanto del banco para acercarme el hechizo se rompe.

Mi interés, se comprende, crecía cada vez más. No pensaba en alguna borrachera nocturna, ni alucinaciones por drogas, mi amigo jamás tuvo tal tipo de debilidades. Y se presentaba como algo distinto a una broma jugada por adolescentes a un solitario cincuentón. Era ya algo muy reiterado, y él se hubiera dado cuenta del artificio en algún momento. Todas estas conjeturas merecían ser descartadas.

Por ello la invitación que me hacía me obligaba a dejar de lado toda otra actividad. Por nada del mundo me perdería aquella cita nocturna de mi amigo y su doncella mágica. Más sabiendo que yo era la única persona a quien había confiado este secreto tan particular que ya le estaba cambiando su vida. Y que podía corroborar o desmentir sus visiones. Y tal vez ayudarlo en esta encrucijada en que se encontraba.

Quedamos en reunirnos en su departamento poco antes de la medianoche para desde allí yo acompañarlo en esa caminata nocturna hacia el parque que ya se le había transformado en una obsesión. Y ahora de a poco también empezaba a serlo para mí, sin imaginar que luego lo sería aun más. El estado

de ánimo de mi amigo tan perturbado hacía preocuparme por su salud, y hasta su aspecto me pareció verlo algo desmejorado. Sin duda estaba ante una situación conmoviente y necesitaba, así me lo hacía saber, la palabra de un amigo que le confirmara si lo que vivía era real o no y así despejar dudas sobre su salud psicológica.

Cerca de la hora indicada llegué hasta la puerta del edificio, toqué el timbre, y casi en un segundo me respondió que ya bajaba. Evidentemente su ansiedad lo desbordaba. La noche estaba tranquila, no había paseantes y la temperatura era casi fresca preanunciando el tiempo otoñal que se avecinaba. Estaba muy agradable para un paseo nocturno, de modo que nadie podría sospechar de estos dos amigos que conversando amablemente dirigían sus pasos hacia el vecino parque barrial.

La excitación de mi amigo era tal que lo hacía hablar de continuo y hasta un cierto rubor lo embargaba. Todas sus palabras giraban naturalmente sobre la figura que veríamos, tal era la minuciosidad de su descripción que sólo un encuentro real podía sostenerla. Se sabe que si algo es dictado sólo desde la imaginación pueden aparecer contradicciones o ser algo borroso e indefinido, sin embargo tales eran los detalles que precisaba de su doncella que le

otorgaban un alto grado de verosimilitud. La descripción de sus movimientos, sus gestos, sus rasgos, era tan real y expresados de tal forma que llegué a sospechar el enamoramiento de mi amigo hacia esa extraña dama. Pero, ¿es posible que la soledad lo haya hecho enloquecer hasta enamorarse de una estatua?, me preguntaba, ¿es posible que le haga creer que tiene una existencia real, es decir de carne y hueso y no de frío metal?. Esas dudas giraban en mi mente mientras él me seguía relatando la belleza de sus movimientos, la ternura de su gesto, cómo la brisa nocturna hacía volar su túnica adhiriéndose a su piel suave y sensual, remarcando las curvas de su figura. Y lo que se había dado cuenta era que todo ese espectáculo era para él, sólo para él. Nadie más presenciaba esa danza. Si en algún momento algún extraño aparecía de improviso, todo se diluía, todo se terminaba.

Allí lo interrumpí. ¿Cómo haremos para que no se note mi presencia?. Pues si yo estoy en ese lugar nada ocurrirá. La dama no bailará, el encanto no se producirá.

Ya lo pensé, mi amigo. Puedes esconderte detrás de unos arbustos donde ella no podrá verte, pero si lo podrás ver todo. Está algo más atrás que mi banco y un poco hacia la derecha de tal modo que el mismo banco, las ramas y

las hojas te taparán, y ayudado por la poca luz del lugar será imposible que pueda detectar tu presencia. Serás un testigo especial, y secreto.

Poco antes de llegar al parque decidimos separarnos, él llegaría como siempre y se sentaría en su banco, yo lo haría por el lateral y me ubicaría en el lugar que habíamos acordado.

Ya había pasado bastante de la medianoche y no puedo precisar qué hora sería exactamente. Lo que sí puedo decir es que no había nadie más en el parque que mi amigo y yo. La brisa hacía mover levemente las ramas de los árboles y no se escuchaba ni se veía otro movimiento que el producido por ella. Al frente divisé la famosa estatua que según me pareció correspondía a Diana, la diosa romana, o Artemisa, la griega. No conozco mucho sobre el tema pero me pareció que era algunas de las dos. Nunca aclaré con mi amigo este punto. Lo cierto es que él, como todas las últimas noches, se sentó en el banco ubicado justo enfrente de aquella estatua y se quedó allí inmóvil, petrificado, sin un gesto ni movimiento. Debía estar en trance, pensé. De repente lo vi gesticular, sonreírse, extasiarse, llevé la vista hacia adelante y me pareció ver algún movimiento o una ilusión de él. Algunas ramas no me dejaban ver bien qué es lo que estaba ocurriendo, pero evidentemente algo se movía en la dirección adonde llevaba su vista. No puedo precisar qué era exactamente pero

el viento llevaba algo en sí. Intenté separar esas hojas que molestaban mi visión, y al instante dio vuelta su rostro enfurecido al grito de te vio, te vio y se fue. Mi poca habilidad había roto el hechizo.

Ahora no volverá, pensará que la he traicionado, me apostrofaba por mi poca delicadeza.

Intenté disculparme de mi torpeza como pude, pero sólo conseguí que mi amigo se ofuscara aun más.

Era tal su disgusto que no aceptó ninguna excusa ni explicación. Con gesto de enorme fastidio se volvió hacia su casa sin dirigirme la palabra, mientras yo acompañándolo sólo atinaba a pedirle perdón por mi poca discreción. En la puerta nos separamos con un saludo muy frío y distante. Me sentí cargado de una enorme culpabilidad por lo que había acontecido y me fui caminando despacio intentando rearmar la situación y poner algo de comprensión y lógica en los sucesos de esa noche.

¿Algo se había movido?. ¿La estatua había salido de su lugar?. ¿Cuál fue la visión de mi amigo?. Son todas preguntas que aun hoy me sigo haciendo y no encuentro una respuesta cierta por la afirmativa o la negativa. Había interrumpido yo el acto a poco de empezar y con el que mi amigo se deleitaba ya, o no se había producido, o yo no me había dado cuenta de él, eran las

dudas que me quedaron de esa noche y realmente no las puedo dilucidar. He pensado muchas veces sobre estos puntos y no encuentro una explicación clara y precisa.

Volví a mi rutina diaria y el paso de los días me hizo poner estos hechos fuera de mi mente. Otras preocupaciones tomaron mi atención y hasta podría decir que dejé de intranquilizarme por la suerte de mi amigo al no tener una solución ni una explicación de mi parte para sus desvelos. También es cierto que dejé de verlo, y eso ayudó para borrar o al menos dejar de lado, sus obsesiones.

No recuerdo cuánto tiempo habría pasado desde entonces. Era ya la primavera pues la arboleda de enfrente al bar empezó a llenarse nuevamente de hojas y además uno va tomando también una actitud especial ante el cambio climático. Alguien trajo noticias de este amigo y me enteré en ese momento que había viajado al exterior. Era por eso que lo había dejado de ver en todos estos meses. Según parece estaba muy contento adonde se había trasladado, era como una nueva vida para él, y había formado nueva pareja aunque no contaba con quien. Nos alegramos todos ya que esas son siempre buenas

noticias, que alguien de nuestra amistad haya podido rehacer su vida aunque sea en un país lejano.

Una vaga idea cruzó mi mente relacionando la buena nueva con lo que yo había sido testigo aquella noche con él, y por supuesto que todos desconocían. Algo me hizo ver con una velada suspicacia aquel giro en su vida. No sé por qué. Pero como quien vuelve al lugar de los hechos fui al día siguiente al pequeño parque vecino al departamento. Fue sorpresa, o no, quizás seguramente ya me lo esperaba premonitoriamente y sólo pensaba ratificarlo en la realidad, pero era así, tal como me lo había imaginado. Sobre el pedestal de cemento no había nada. La estatua había desaparecido. ¿Un robo casual o algo que resulta inexplicable?.

El Poeta

a Julio César Silvain

na noche me invitaron a tocar con mi amigo Alfio saxofonista. Era en un pequeño bar cerca de Parque Centenario, tan pequeño que sólo había unas pocas mesas, la barra, pocas luces y el ruido de la calle. Junto a nosotros se sentó el Poeta y quien oficiaba de presentadora. Algo dijo ella a manera de comentario personal, alguna referencia familiar sobre el Poeta

mereciendo su respuesta con humor, y también leyó algunas de sus poesías de manera introductoria. Y nosotros tocamos aquello que siempre hacíamos. Luego entre música y música, el Poeta leía sus poesías. Hablaba sobre veredas, calles, la vida, las luchas, y tantas cosas. Su voz chocaba contra el micrófono que iba y venía, por momentos pasaba su vista por un enorme papel donde había garabateado sus palabras, otros jugaba con sus anteojos, y como coronando cada poema desplegaba una enorme sonrisa al terminar su lectura.

Al ser todo muy precario alguien, una chica, se me acercó y me preguntó si podía ayudar teniendo el micrófono con sus manos cerca de mi guitarra, para que se escuchara.

El Poeta disparaba sus versos y yo intentaba dialogar con él con mi música. Uno de sus poemas hablaba de la guitarra.

No sé qué habrá llegado hasta la gente que poblaba las pocas mesas de ese remoto bar. Sólo sé que esa noche la poesía se unió a la música y el mundo cambió por un momento.

El amigo Roberto

a Roberto De Vittorio

a barba blanca le cubre apenas el rostro sanguíneo suavizando el gesto de esfuerzo preocupado por aquello que sus dedos van tocando en el instrumento. La vista dirigida al papel de música sobre el atril remarca esa actitud fingidamente adusta, detrás hay una expresión irónicamente seria. Esta fotografía de no hace mucho tiempo, una de las últimas que le tomaron, ilustra en buena forma los últimos años de vida del amigo Roberto.

El violoncelo, la guitarra, la flauta, la creación musical, también la mandolina, y no sólo esto, sino la pintura, el dibujo, el boceto caricaturesco, y por sobre todo el humor, mucho humor, la ansiedad creativa explayada, la respuesta ingeniosa al instante, fueron las constantes de su vida.

La última vez que lo visité, el último jueves de reunión-ensayo musical, tuve con él un premonitorio diálogo según lo pienso ahora. Luego de llamarlo a través del portero eléctrico, lo vi venir a través de la puerta de calle vidriada, caminando dificultosamente apoyado en su bastón por el pasillo desde el fondo, con un gesto de preocupación: "Se me cayó la llave en el hueco del ascensor" me dice desde el otro lado de la puerta. Como una broma le digo "Pareces San Pedro en busca de las llaves del paraíso", mientras ya el encargado del edificio diligentemente saltaba a las profundidades avérrnicas del pozo para rescatar el manojito de llaves salvándolo del angustioso trance.

Solíamos vernos últimamente los jueves a manera de reunión musical que se extendía como conversación cargada de recuerdos y anécdotas. A través del amplio ventanal de su departamento-atelier en el último piso de un viejo

edificio del barrio de Congreso, entre charlas, música, chanzas y cuentos veíamos la caída del día, el lento oscurecer sobre la ciudad, mientras desfilaban sus recuerdos y comentarios sobre la sinrazón de la vida o más precisamente de su vida. Su visión escéptica de tantos años recorridos en un final ya presagiado.

La fantasía y la realidad se dirimían pendularmente en sus relatos donde el humor del absurdo jugaba un rol esencial.

La primer referencia que tuve de él fue unos treinta años antes a través de un amigo común, también músico y guitarrista, que a modo de semblanza personal para su descripción, me señalaba "compone música moderna, pero que se puede escuchar..." y diciendo esto ponía en mis manos el ejemplar de sus "Tres Preludios para guitarra", su primer obra publicada. Unos días después vino la presentación personal. Conocí primero su música y luego su persona. Desde entonces, si bien con intervalos más o menos prolongados por sus continuos cambios de residencia, su presencia amistosa fue casi permanente.

Un programa alrededor de la guitarra para la Radio Nacional fue, creo, una de las primeras actividades que emprendimos en conjunto. Corrían tiempos difíciles y el sólo hecho de poder entrar al viejo edificio de la calle Ayacucho custodiado por soldados armados apuntando a cualquiera que se animara a entrar era de por sí una aventura temeraria. Siempre ceñidos a un riguroso libreto los textos a leer en la audición debían ser presentados previamente a la censura de un misterioso e ignoto "corrector literario", no se podía improvisar una charla bajo ningún punto de vista, y aun así su humor corroía despiadadamente cualquier postura insensatamente autoritaria. En la adusta y seria revista de la Radio ofreció publicar en esos días alguna caricatura humorística para tribulación de su editora. Poco duró allí nuestra aventura de animadores dentro de ese monacal ámbito radial.

Una variante constructiva personal del violoncelo, una viola da gamba que él llamaba "bastarda", servía para que tocáramos alguna música barroca y piezas que componíamos especialmente. Así, en sus épocas de residencia porteñas, períodos de paréntesis entre sus estancias en otras ciudades del extranjero y del interior del país, aprovechábamos para hacer alguna presentación donde lo esencial era el disfrute del hacer música alejados de toda

solemnidad que algunos confundían graciosamente por la mordacidad de sus comentarios plenos de ironía.

El toque descriptivo local también aparecía en su creación, en lo pictórico y en lo musical. Una serie de piezas para un pequeño conjunto instrumental compuestas a pedido para ilustrar la charla de un conocido actor del momento, se transformaron después en una serie de Piezas Porteñas para guitarra que se fueron ampliando hasta casi una decena a medida que me llegaban escritas en diversos formatos. Títulos sugestivos para una música que contenía claros giros de lo popular donde aparecían también recuerdos guardados en su memoria, como aquel tío Rodolfo que siempre tarareaba las mismas notas, la esquina azul de infancia o el adolescente café de los billares.

También la estructura neoclásica era casi seguida demostrando un profundo conocimiento y singular habilidad en el arte de componer por quien siempre afirmaba la necesidad de un equilibrio formal como llave de la creación artística, como en sus tres Sonatas para guitarra, o su Concierto para flauta y cuerdas. Para la guitarra, el más íntimo y expresivo de los instrumentos, según

su criterio, escribió preludios (cinco), nocturnos, sonatas (tres), dúos (diez), pequeñas piezas (alrededor de ochenta).

Lo pictórico, lo descriptivo entraban en su universo musical, así como la música jugaba un papel en sus dibujos y pinturas. "La línea del dibujo debe cantar como una melodía" me decía comentando una lámina de un reconocido pintor, o cómo demostraba los diferentes colores sonoros de un instrumento, una guitarra, una flauta o su violoncelo. La flauta dulce aparentemente es un instrumento sencillo, pero se pueden obtener diferentes coloraturas según sea la emisión del sonido, me advertía sutilmente. No es un instrumento para principiantes, al contrario su uso por principiantes lo degrada como instrumento musical.

Por otra parte el humor y el absurdo se unían en su visión de un mundo incoherente representado en sus caricaturas y marionetas que ocuparon un lugar importante en su actividad. Personajes que creaba para sus muñecos a través de los cuales corporizaban actitudes que al ser presentados de esa forma desmoronaban su pretendida seriedad.

En esta retahíla de recuerdos que se van agolpando quedan de lado las anécdotas menores para dar paso a lo verdaderamente importante que nos deja, sus obras musicales en una larga lista donde se incluye desde la sencilla flauta dulce hasta la gran orquesta sinfónica, desde la intimidad de la guitarra hasta los variados grupos camarísticos; su obra pictórica, dibujos, acuarelas, paisajes, retratos, y hasta una breve incursión literaria con algún pequeño relato de recuerdos publicado con ilustraciones propias.

En el momento donde lo temporal deja paso a lo eterno como lo vislumbraba, son ellas las que dejan el testimonio de su personalidad.